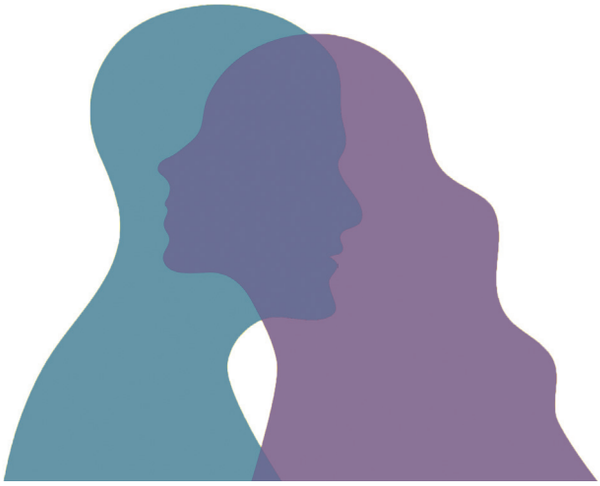
¡A LA BATALLA!



Una célebre cita de Chesterton afirma lo siguiente: "Yo he conocido muchos matrimonios felices, pero ni uno solo compatible. Toda la mira del matrimonio es combatir durante el instante en que la incompatibilidad se hace indiscutible y sobrevivirlo".

Algunos aseguran que el éxito de un matrimonio radica en que los caracteres de los esposos sean compatibles. Creo, más bien, como apunta el gran escritor británico, que un matrimonio será pleno si los implicados afrontan con realismo la imposibilidad de ser compatibles y combaten sin descanso esa inevitable incompatibilidad.

Estar dispuestos a afrontar esa lucha es el mejor regalo que podemos ofrecer a nuestros hijos. Ciertamente, también es indispensable dedicarles el tiempo necesario para escucharles, jugar con ellos o acompañarlos en sus actividades diarias; por supuesto, también lo es organizar con ellos grandes aventuras, excursiones y comprarles ciertos caprichos que les ilusionen. Sin embargo, nada de ello es comparable a que contemplen que su padre y su madre se quieren mucho y combaten cada día para preservar la solidez de la empresa familiar.

Los hijos tienen un especial olfato para detectar si en el hogar se respira auténtica paz conyugal. Por mucho que intentemos disfrazar la ausencia de concordia, ellos detectan inmediatamente el fraude y sufren por esta situación mucho más que por cualquier otro motivo que podamos imaginar. Por el contrario, cuando el amor entre los padres no solo no se deteriora por el paso del tiempo, sino que se fortalece a pesar de las naturales contrariedades que nos depara la vida, los hijos se contagian de estos sentimientos y son asimismo robustecidos en su personalidad. Es incuestionable que los conflictos entre los padres son una de las fuentes principales de angustia para los hijos.

Quienes hayan llegado a este punto seguro que estarán de acuerdo con todo lo expresado, pero muchos se preguntarán:

-Sí, lo sé, ya me gustaría que esto fuera así, pero ¿cómo se hace? Yo quiero mucho a mis hijos y no me gustaría que sufrieran por nuestras discusiones, pero es que la vida en común es muy complicada…

LOS HIJOS TIENEN UN ESPECIAL OLFATO PARA DETECTAR SI EN EL HOGAR SE RESPIRA AUTÉNTICA PAZ CONYUGAL.

Ciertamente, la vida puede ser complicada en algunos momentos, pero lo es más cuando nuestra jerarquía de prioridades se encuentra desordenada. En estos casos, nuestros sufrimientos y enredos se van a multiplicar irremediablemente. Para remediar cualquier tipo de desenfoque, la primacía para el hombre debe ser su mujer antes que los hijos y viceversa. Si esto es así, el resto de los componentes de la pirámide de ansiedades familiar se ordenarán prodigiosamente.

Esta preeminencia por la pareja se tiene que manifestar expresamente delante de los hijos. Ellos se complacen cuando perciben el respeto entre sus padres. Mucho más todavía si el respeto alcanza la admiración por el comportamiento, las acciones o los hábitos de uno o del otro. Esta íntima admiración ha de ser auténtica porque las imposturas son fácilmente desenmascaradas. Nuestros hijos perciben si sus padres desean estar juntos y si existe complicidad entre ellos.

Ciertamente, no existen situaciones idílicas. No sería realista aspirar a una perfecta y continuada comunión de vida y amor en el matrimonio donde solo reine la paz y la sonrisa. Debemos aprender a convivir el trigo y la cizaña; y cuando lleguen las desavenencias no conviene que nos desesperemos. No olvidemos que somos guerreros y podemos ser heridos en la batalla. Cuando esto ocurra, lejos de entristecernos, deberemos alegrarnos por haber permanecido enhiestos. A la vuelta de la guerra, los heridos son honrados; los desertores, no.

Al contrario, en idéntica proporción a los enfados se debe procurar la reconciliación. Si la tensión ha sido pública, la reconciliación se hará delante de los hijos, reconociendo con humildad nuestros fallos y disculpando los de nuestra esposa o esposo. Aunque algunos piensen que pedir perdón es una muestra de debilidad, ocurre justamente lo contrario. No pedirlo es un síntoma de soberbia. Por otra parte, se adquiere autoridad moral frente a los hijos pidiendo perdón cuando uno se ha equivocado.

Los reproches por la mayor o menor implicación en las tareas del hogar o en la educación y seguimiento de los hijos suele ser una de las habituales fuentes de conflicto matrimonial. Repartir las tareas al cincuenta por ciento puede ser una opción para algunas parejas. Sin embargo, parece exiguo que nuestro objetivo sea realizar exclusivamente la parte de los trabajos acordados. La medida del amor es amar sin medida. Por tanto, amará más quien mida menos, quien sirva al otro sin mirar de reojo la reciprocidad. El olvido de sí mismo es síntoma de salud espiritual y un regalo inestimable para los hijos que lo observan.

¡Disfrutemos del milagro del matrimonio y dejemos de añorar los tiempos del noviazgo y la juventud! Por supuesto que ambos tienen su encanto, pero suelen estar sobrevalorados si los comparamos con los dulces frutos que concede la madurez del matrimonio. Nuestros hijos deben observar que sus padres se lo pasan bien juntos, que no solo planean actividades con otros matrimonios, sino que habitualmente van ellos solos al cine, a cenar o al destino que sea para disfrutar juntos de alguna experiencia.

En definitiva, padre y madre debemos ser vistos por nuestros hijos como si fuéramos un inexpugnable acorazado, fuertemente blindado y dispuesto para surcar con garantías los mares más bravos y las difíciles embestidas de las patrullas enemigas. Semejante despliegue de poderío naval nos protegerá también de las acometidas del fuego amigo, es decir, de nuestros propios hijos, que acostumbran a sondear posibles resquicios por los que agrietar la unidad de acción de sus padres.

Para evitar que esto ocurra, debe prevalecer la corrección conjunta a los hijos, especialmente cuando nos encontremos ante situaciones delicadas. Quien no corrige, no ama y si ellos ven que sus padres actúan perfectamente sincronizados y firmes, más pronto que tarde terminarán por reconocer que lo que entendieron un tiempo como un correctivo inmerecido no era sino un generoso acto de amor paternal.

Los padres no somos proveedores de productos y servicios hacia nuestros hijos. Somos garantes y mediadores de su integridad moral, que quedará conformada primordialmente según las acciones que contemplen en el discurrir familiar.

Hace miles de años ya lo apuntaba Confucio: "Ninguna batalla es fácil pero nuestra mayor gloria no está en no caer nunca, sino en levantarnos cada vez que caemos".

Raúl GAVÍN

Estas son mis experiencias,
de un padre como otros muchos padres.

Cuéntame también tus experiencias,
tus inquietudes, tus dudas en esta tarea
que tenemos por delante y así podremos,
a través de estas páginas, hablar de ellas.
Escríbeme a gavinraul@gmail.com